La vida en la laguna

El disparo en la laguna no es un disparo de facto, no hay una pistola, ni una bala, ni rastro de sangre. Pero es un disparo. Igual que cualquier disparo, mata.

Una barca.

Jeoffrey atraviesa el espejo cuyo fondo color obsidiana hace a la vez de lago. Lleva a su mujer, una mulata falsa pelirroja quien mira hacia los restaurantes que se apilan en la orilla como una diosa, lo es.

Él es un *rastafari* y habla igual el *creol* que el español que el inglés. Políglota de su destino, durante el día es taxista de lancha, empresario, dueño de su vehículo acuático. Un hombre trabajador, exitoso.

En el atardecer, forma parte del Trío mandinga, el cual toca por igual en el Tortuga Lodge, como en el Laguna Lodge como en el Pachinga Lodge como en el “Hot Fodge” si es que lo hubiera. Sus compañeros del trío son sus *buddies*, sus *maes* de toda la infancia; con los cuales se jalaba el miembro para ver quién era el mejor dotado: era él, siempre era él.

Al ritmo de su kijongo los turistas bailan y él hace la conexión. Larga distancia a la África antillana, con el mundo “reggético” y ancestral que forma su herencia.

Más noche, Jeoffrey encarna su último oficio, el más viejo. El de vigilante. Toma camino hacia la playa de negra arena, se coloca un traje de policía, casi tan oscuro como su piel, donde se calza un *walkie talkie*. Camina la playa hasta quedar en un tronco que usa como punto de camuflaje. Entonces, espera.

Tortuga.

Tortuga divisa las olas, llega hasta la playa, empieza a salir del mar.

Jeoffrey, al verla, aprieta el botón de su *walkie talkie* volviendo locos a un mínimo de treinta turistas. Españoles, franceses, japoneses, alemanes y alguno que otro latino perdido en la red del turismo ecológico de Costa Rica. Turistas tricolores esperan la señal para satisfacer una necesidad creada. La que justifica su visita a la playa en esta noche de estrellas impensables. Todos próximos espectadores del gran *show*: ver desovar a Tortuga.

Jeoffrey mira al animal, esa inmensa roca móvil avanza animosa hasta lo que será su nido. En el trayecto recuerda sus días de infancia cuando acompañaba a su padre a la matanza. Cuando su madre servía los platillos en un caparazón pequeño convertido en bandeja. Recuerda el sabor de su carne mientras la ve pasar cercana a sus pies. Ella lo descubre pese a todas las precauciones que tiene el humano.

“¡Ah! Es Jeoffrey, el hijo de Jeoffrey, el nieto de Jeoffrey, quien no me mató cuando pudo hacerlo.” A todos los conoció. Cuando regrese al mar avisará a las demás: “¡Hey chicas, ahí sigue Jeoffrey!” y todas intentarán desovar en su área, porque a cada uno de esos Jeoffrey´s les debe la vida. Eso piensa Jeoffrey mientras, camuflado de noche, espera la llegada del primer grupo.

De la selva le avientan una señal, una pequeña luz roja lo llama. Jeoffrey le indica al guía el lugar exacto. El primer grupo avanza comandado por Vicky. Será el último, pero solo tú, lector, lo sabes.

La construcción del nido.

Los turistas, curiosos, inexpertos en el arte de convivir con el reino animal, miran el coño de Tortuga quien apenas está haciendo el agujero donde piensa parir. Las aletas se mueven de un lado a otro removiendo la arena, aventándola lejos de sí. Jeoffrey mira los ojos del animal, intuye sus pensamientos y, tras el caparazón, se sabe capaz de entender su lengua. La madre está contenta de poder sacar de sí tanta hueva. Sólo piensa en el minuto en que pueda descargar, lleva días pesándole su propia fecundidad. Ya no aguanta, si no desova hoy esos ciento veinte huevos, reventará.

Las humanas sombras se acomodan alrededor, pero está lejos de sentir molestia por las voces que salen del *walkie talkie*. Son de su amigo Jeoffrey y de quienes lo acompañan. Antes de pensarlos como enemigos, prefiere verlos como un equipo de ayuda de parto. “Pero eso sí, no me distraigan. Ni se les ocurra respirar ni aletear conmigo; ignorantes, mejor calladitos.” Vicky ya les ha dicho que tiene que ir en silencio, observar con cautela. Ante cualquier distractor las tortugas, advirtiendo peligro, prefieren matar a los huevos o abandonar el desove antes de tiempo.

El segundo grupo da paso al tercero. Jeoffrey mira la cabeza de Tortuga concluir. “Ya casi estoy lista Jeoffrey, gracias”

Una señal de la luz roja acomoda de cuclillas a los primeros espectadores de su parto. Nadie debe mirarla a los ojos más que Jeoffrey quien mantiene a los curiosos en estricta línea.

El desove.

Tortuga jadea con dolor. Su cuello se alza y se contrae, muy levemente, imperceptible. En el interior de esa roca de siglos que es su caparazón, una revolución estalla. ¿Cómo acomodarlos para que salgan, uno a uno, en fila india? Empieza a sentirse lista, se acomoda. Sale el primero, el más difícil.

Jeoffrey piensa en su propia mujer, su pelirroja diosa que ha parido a sus propios huevos, huevos de ella y de él, huevos impertinentes e incontrolables. Recuerda la experiencia de acompañar a la hembra. Sin poder comprender, pero sufrir por ella. Expectación, aliento, seguridad, la función del macho vuelve a restregársele en la cara. Macho-tortuga, macho-caribeño, viene todo en el mismo paquete, “pura vida mae”.

Tortuga lleva diez minutos desovando, agotada. No puede, no debe parar ¿De qué servirán adentro? Si de cualquier forma únicamente tres o cuatro de los ciento veinte lograrán sobrevivirla. Hay que sacarlos todos. Tortuga empieza a sentir la incomodidad, todo a su alrededor es una ofensa. La sentiría igual si

estuviera sola, pero la siente más siendo observada. Le incomoda hasta el aire y es en ese momento en el que sucede la privación, la excitación del ambiente, la ansiedad. Aquello se transmite en Jeoffrey, en los guías, en cada uno de los diez curiosos. Pero en la menudita de catorce se transmite más, por eso es ella en quien se produce el disparo. Porque la ansiedad es una plaga en la mente, un virus que se respira en el aire, que se concentra en un movimiento aparentemente inocuo como un tic, como un disparo.

Aína.

Ha llegado hasta aquí arrastrada por sus padres quienes, preocupados por su ímpetu adolescente, e incapaces de detenerlo, han decidido traerla al “mundo salvaje” para que se eduque. Es Aína quien esconde el encendedor bajo su chamarra. Es ella quien, presa del contagio de la ansiedad, detona el disparo.

La guía.

La guía es una chica de veintidós años. Su nombre es Vicky, es la única guía mujer y la más joven. Si fuera por Jeoffrey, Vicky estaría en su casa cocinando pollo con coco y arroz con coco y plátano frito o en su defecto pescado en salsa de limón. Pero Vicky está aquí. No es una diosa pelirroja. Tampoco es uno de ellos, pero está aquí y hay que tratarla como si lo fuera.

Aína está en el grupo de Vicky. Vicky los llevó hacia el coño de Tortuga y les muestra el ineludible sufrir que implica desovar cien huevos. Ahora Tortuga está a punto de acabar y Aína quiere ver el rostro de la madre de esos babosos que se suceden uno a uno.
Jeoffrey está tan concentrado en los ojos de Tortuga que no logra ver a Aína acercase al rostro. Entonces se produce.

El disparo.

Jeoffrey intuye una breve centella que proviene del lado suroeste de su córnea izquierda. “Una luz”. Tortuga siente la flama entrar por sus córneas centenarias, cegarla, en ello olvida lo que debía de terminar.
No es un disparo de facto, no hay una pistola, ni una bala, pero es un disparo. Igual que cualquier disparo: mata. Mata la luz, el sonido mata, porque toda creación es frágil y no debe interrumpirse. Pero ya está hecho, se rompió el momento, Tortuga está ciega, olvidó lo que debía de terminar, la ansiedad ganó, lo arruinó todo.

Vicky exclama furiosa “¿Quién fue?”

Aína descubre, encendedor en mano, que ha sido ella. No lo ha pensado siquiera, sucedió… Como suceden los disparos, Aína se convierte en asesina.
Murió el comendador, piensan los padres buscando apoyo en su grupo que ya es como Fuenteovejuna. Temen que los Ticos, en su ecologismo se vuelvan vengativos.

Tortuga recibe el disparo como una ofensa peor que la muerte. Agotada, furiosa, mira a Jeoffrey quien en defensa de Tortuga se gira hacia Aína y toma el encendedor. A la voz de Vicky, “¿Quién fue?”, su mente vuela: el encendedor se vuelve un machete que su abuelo pasa hasta su mano. Jeoffrey, fuera de sí, corta la cabeza de Aína. No. No no. No es así.
Vicky es la guía del grupo donde está Aína, y aunque debería estar sirviendo Imperiales o Pilsen´s en las mesas del bar, es uno de ellos. Jeoffrey no es un asesino. Tortuga mira a Jeoffrey “Te lo dije, mae, algún día alguien cometería un error…” Jeoffrey la mira irse como se mira el paso de una desgracia. Inmóvil.

Tortuga.
Sin desovar más, Tortuga da media vuelta, pasa encima de su nido, su propio peso mata a sesenta de sus cien huevos. Se abre paso, es una sombra entre Fuenteovejuna. avanza, digna. Tira en su camino hacia el mar los huevos que quedaban por sacar. No le importa enterrarlos, ni si viven o mueren. Olvidó ser

madre, la dejaron ciega, sigue ciega, por el disparo del encendedor de Aína, el que aún recuerda justo frente a sus ojos. Infierno.

Vicky.
Perderá su permiso de guía al menos dos semanas. Será la burla de quienes piensan que mejor debería cocinar y servir cervezas.

Fuenteovejuna.
Aína es pillada por sus padres y debe confesar que sí, fuma a escondidas en la ventanilla del baño. Sí "¡hostia!", ya no es virgen, y sí, le da igual ver tucanes que monos araña. ¡Coño, sáquenla de aquí!

Jeoffrey.
En las córneas de Jeoffrey se debaten las aguas de la laguna y con las olas del mar. Tortuga roza la primera ola y a la segunda se pierde. "Adiós Jeoffrey", y él piensa en lo que hubieran dicho sus padres, su abuelo "¡Qué vergüenza, mae!"

Los guías y sus curiosos grupos son expulsados de la playa. Tan sólo quedan Jeoffrey, la estela de huevos y un círculo de estrellas formando una interrogante. Cuidadoso, los toma en sus manos, huevos, vida, él. Los coloca en el nido, a los huevos y a las estrellas por igual. Sabe que nunca será una buena madre, es imposible.
Más noche llueve.
Llega a casa. Su diosa, pelirroja y sublime, duerme profunda. Jeoffrey espera encontrar consuelo en su abrazo de mulata tibia. Pero ella está inmóvil. Una desgracia.
Tocan a la puerta.
Es el velador de Tortuguero: cuatro madrileños, ebrios hasta el cansancio, piden viaje.
Jeoffrey toma la lancha. Cobra sus veinte dólares entre vómitos y risas. Mucho más de lo que ha hecho en todo el día. Regresa, no feliz, ¿cómo puede ser feliz? La pregunta vuelve de tanto en tanto.

La diosa ha perdido su encanto, él también desea que todo se acabe. Los monos aulladores ya no le dan guía. Es demasiado tarde para pedir nada.

Sueña, no sueña…

A la mañana siguiente, ¿o es ahora?, llevará a su diosa pelirroja por el borde de la laguna.
En dos años quizá…

¿O es ahora en este sueño?...

Volverá Tortuga, pero esta vez no dirá a las otras “¡Hey chicas, ahí está Jeoffrey!”…

Sueña, no sueña…

Lo que hace la breve llama de un encendedor ocioso.

Ciento veinte tortugas lo acompañan… sueña, no sueña…

Una barca…

Playa Tortuguero, Costa Rica, 2005.